

velan, diciendo: "¿Quién ha visto el infierno, el purgatorio y el paraíso? ¿Ha yuelto alguno de allá?," Esto era negar la fe, pues que la fe tiene por objeto las cosas invisibles: así nada se escapaba de la burla de aquellos espíritus atrevidos (1). Y todavía revela Gerson un hecho más extraño: la incredulidad invadía al clero; los prelados se mofaban de la teología. El mal era tan grande que propuso el canciller se estableciera un inquisidor de la fe para reprimirlo (2).

Puede sorprender á primera vista la incredulidad de los que eran guardianes de la fe; pero se explica fácilmente. Decía Ciceron que no podían mirarse dos augures sin reirse; y aunque no pongamos el cristianismo al nivel del paganismo, hay en la religion cristiana tantas creencias que repugnan á la razon, y habia, sobre todo en la Edad Media, tantas supersticiones, y eran tan manifestamente explotadas por el clero, que la incredulidad debía apoderarse de los clérigos como se habia apoderado de los augures. Los que fabricaban los milagros, ¿podían creer en ellos? Y si no los creían, ¿podían creer en una revelacion que en los milagros se fundaba? Compréndese, pues, que desde el siglo XIII se dirigieran acusaciones contra el jefe mismo de la cristiandad. En una informacion practicada en 1310 por el papa Clemente sobre la memoria de Bonifacio VIII, hubo sacerdotes que depusieron haber oido á Benito Cayetano, cuando era cardenal, discutir con un clérigo, en presencia de muchas personas, cuál era la ley mejor, si la de los cristianos, la de los Judios ó la de los Sarracenos, y que el cardenal acabó por exclamar: "¡Bah! ¿Qué son todas estas religiones? ¡Invenciones de los hombres! No hay que tomar á pecho más que las cosas de este mundo, pues que no hay otra vida que la presente." Un abad declaró que el cardenal Cayetano habia dicho: "Que el pan no se transformaba en el sacramento de la eucaristía, que era falso que el cuerpo de Jesucristo estuviera allí presente, que no habia ni resurreccion ni vida futura, y que esta era la opinion de todos los hombres instruidos, no habiendo más que ignorantes y simples que pensáran de otro modo." Aun en presencia de laicos, el cardenal Cayetano, hecho papa, se mofaba de la divinidad del Cristo y

(1) GERSON, *Serm.* (Op., t. III, p. 1569-1596).

(2) GERSON, *Serm.* (Op., t. III, p. 1301).—Id., *Epist.* (Op., t. I, página 124).

trataba de tontos á los que creían en el paraíso y en el infierno (1).

¿Se dirá que estas acusaciones son calumnias dictadas por el odio? En el siglo XV se reprodujeron, en pleno concilio, las mismas imputaciones contra Juan XXIII; se le reprochó el negar la inmortalidad del alma y el vivir como un pagano (2). ¿Se dirá todavía que esto es una calumnia? Es lo cierto que desde el siglo XIII, Roma, la guardiana de la fe, ejercía una funesta influencia sobre la fe: "El que va buen cristiano á la corte pontificia, dice Rutebeuf, vuelve de ella falso fariseo" (3). De ahí el proverbio alemán: *cuanto más cerca se está de Roma, se es más impío* (4). Abundan los testimonios de la incredulidad del alto clero. En el siglo XIV, Petrarca, que era clérigo y vivía en la intimidad de los grandes eclesiásticos, dice que en la corte del papa se trataba de vana fábula la esperanza de una vida futura y de necesidad la resurreccion y el juicio final (5). Á medida que se iba acercando la Reforma, la incredulidad iba creciendo: Jerónimo Savonarola, el ferviente predicador de Florencia, afirma que corría la opinion de que cardenales y obispos negaban á Dios y se mofaban de la fe cristiana (6); y Pico de la Mirandola habla de un papa que no creía en la inmortalidad del alma y de otro que no creía en Dios (7). ¿Se quiere una prueba, dice Maquiavelo, de la decadencia de la fe cristiana? Pues no hay más que considerar que los pueblos que están más cerca de la Iglesia de Roma son los que tienen menos religion (8).

Hemos visto testimonios de Italianos cuya mayor parte eran sinceramente creyentes. Más interesante es todavía ver la impresion que produjo Roma en los extranjeros que la visitaron con un propósito de ciencia ó de piedad. Erasmo oyó en ella blasfemias horribles sobre el Cristo y sus apóstoles; sacerdotes, empleados de la corte pontificia, mostraban su impiedad hasta en la celebracion de

(1) DU PUY, *Différend de Philippe le Bel et de Boniface VIII*, página 544-548, 550-551.

(2) VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. IV, p. 197, 208, 230 y siguientes.

(3) RUTEBEUF, *Œuvres*, t. II, p. 73.

(4) *Je n'âter Rom, desto böser Christ* (FLACI ILLYRICI poemata, página 417; *Testium Feritatis*, p. 1912).

(5) PETRARCH, *Epist. sine titulo*, XXV (Op., p. 729).

(6) GIBSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 153, nota e, p. 470.

(7) PICO DE FETE (Op., t. II, p. 177).

(8) MACHIAVELLI, *Discorsi*, t. 12.

la misa (1). Hutten, el libre pensador, se espantó de la incredulidad romana: en su famosa *Trinidad* dice que hay tres cosas que Roma no cree, la resurreccion de los muertos, el infierno y la inmortalidad del alma; y añade que allí consiste la religion en el amor al dinero (2). Lutero vió la capital del mundo católico en una época en que conservaba todavía la integridad de su fe en la Iglesia. ¿Qué desencanto para el cándido monje de Sajonia! Á punto estuvo de ser apaleado por unos religiosos benedictinos á quienes les habia reprochado que comieran carne el viérnes; él mismo oyó en Roma los dichos sacrilegos de que habla Erasmo; y mientras oficiaba la misa con unción y gravedad, los clérigos italianos le decían: "Acaba de despatchar al Hijo con su Madre" (3). ¿Cómo extrañar que más tarde tratara el reformador á Roma de prostituta?

Aun cuando no tuviéramos estos testimonios positivos de la incredulidad de los papas y de los grandes dignatarios de la Iglesia, bastaría su vida para revelar sus creencias. La oposicion entre la fe y las costumbres, dice Commines, prueba que la fe es nula (4). Esta sentencia del profundo observador se aplica literalmente á la mayor parte del siglo XV y principios del XVI: vivían de manera, dice un distinguido teólogo contemporáneo, que era fácil conocer que no creían en la resurreccion, ni en el juicio final, ni siquiera en la otra vida (5). Un Médicis fué asesinado en una iglesia, y en el momento de alzar la hostia, por instigacion de un papa y con la complicidad de un cardenal, de un arzobispo y de un sacerdote; Voltaire se pregunta si tales gentes creían en la presencia real, si les quedaba siquiera una sombra de fe: "¿Con qué cara se atrevía un Alejandro VI, horror de la tierra, á llamarse el vicario de Dios?" (6).

(1) ERASM *Epist.* (Op., t. III, 2, p. 1382): «Ibidem multos novi qui commemorabant, se dicta horrenda audisse a quibusdam sacerdotibus aula pontificie ministris, idque in ipsa Missa, tam clare, ut ea vox ad multorum aures pervenerit.»

(2) HUTTEN, *Trias Romana*: «Religionem ibi quis unius pilli facit? aut aliud Romæ studium, præter pecunie illud, quis curat?... Valde dubitem an centesimus quisque Romanensium vel mediocriter pie de religione sentiat... De pœnis inferorum vel verbum dicere inter præclaros hos Quirites, pro anili est fabula» (Op., t. III, p. 443, 495, 496).

(3) MERLE D'ARBIGNI, *Histoire de la Réformation*, t. 1, p. 244, 248-250.

(4) «Si tuvieran firmé fe y creyesen lo que Dios y la Iglesia nos mandan, so pena de condenacion, conociendo cuán breves son los días y cuán horribles y sin fin ni remision para los condenados las penas del infierno, no harían lo que hacen.»

(5) PANORMITANUS ABBAS, en FLACIUS, *Test. Feritatis*, p. 1889.

(6) VOLTAIRE, *Essai sur les mœurs*, c. CV y CXXVIII.

Cuando los papas eran incrédulos y se manifestaba públicamente su falta de fe en una vida de disolucion y de crímenes, ¿cómo habia de ser creyente el rebaño? "Nosotros los Italianos, dice Maquiavelo, tenemos para con la Iglesia y los sacerdotes la obligacion de habernos hecho impíos y malvados" (1). Aunque menor en los demas países de la cristiandad, la incredulidad hacia en todas partes grandes estragos. Erasmo dice que la mayor parte de los cristianos eran peores que los Turcos: "¿Cuántos hay entre nosotros, exclama, que no creen en la resurreccion ni en la inmortalidad del alma! Los Turcos creen en ella y están más cerca del cristianismo que los pretendidos fieles." En otro pasaje afirma que hay miriadas de cristianos en ese estado de impiedad: "Son innumerables los que dicen en su corazon que no hay Dios, y no se avergüenzan de vomitar públicamente estas blasfemias" (2). No se debe, pues, la incredulidad á los filósofos del siglo XVIII; data de la Edad Media, y nació en el seno mismo de la Iglesia y en el tiempo de su dominacion más exclusiva. ¿Cuáles fueron las causas de esta importante revolucion?

SECCION 2.^a

CAUSAS DE LA INCREDELIDAD.

§ I.—Reaccion contra la Iglesia y la religion

N.º 1.—Reaccion contra la dominacion de la Iglesia.

En ninguna parte fué la incredulidad mayor que en Italia, precisamente al lado y bajo la influencia del que se intitulaba vicario de Dios; y esto que pasaba en la Edad Media acontece aún en nuestros días. Al escepticismo del siglo XVIII ha sucedido en todas partes la necesidad de creer, aún entre aquellos que se alejan de la religion oficial; mas en Italia, la incredulidad es, al decir de los viajeros, radical y parece incurable. Este hecho, extraño en la apariencia, se reproduce diariamente á nuestra vista: si se quiere encontrar un hombre de una impiedad llevada hasta el ateísmo, hay que buscarlo entre los que han sido educados por los jesuitas. El hecho es de una grande ense-

(1) MACHIAVELLI, *Discorsi*, t. 12.

(2) ERASMI *Adagiorum C. III, IV, Cent. I, prov. 1* (Op., tomo I, página 967).—Id., *Exomologesis* (t. V, p. 169).—*Enarratio Psalmi XIX* (t. V, p. 293).

nianza, pero no aprovechan su lección los partidarios de lo pasado. En el catolicismo, la religión se confunde con la Iglesia y con ciertos actos exteriores; y la reacción contra la Iglesia y contra los actos exteriores conduce á los espíritus educados en esta confusión á rechazar el fondo con la forma. Esto es lo que aconteció en la Edad Media, época en que dominaban la Iglesia y el monaquismo: la oposición contra la Iglesia y las obras monásticas condujo á la incredulidad. Ahora bien, la reacción era inevitable, y se produjo en todas las clases de la sociedad laica, porque la dominación de la Iglesia pesaba á la par sobre los príncipes y sobre los villanos. Así lo que parecía constituir la fuerza de la Iglesia se convirtió en principio de debilidad, y la decadencia de la Iglesia arrastró á la religión á su ruina.

Esto explica que fuera un emperador de Alemania el jefe de los incrédulos. Después de la larga lucha del imperio contra el sacerdocio, no podía ya crear un Hohenstaufen que fueran los papas vicarios de Dios; y destruida la fe en la Iglesia depositaria del dogma, era difícil que subsistiera la creencia en la verdad religiosa. Antes de Federico II había ya descubierto Alemania la ambición egoísta de Roma; á fines del siglo XII formuló acerbas quejas contra el papado un contemporáneo de Inocencio III. La política pontificia se dejó traslucir en la lucha entre Felipe de Suabia y Oton: los soberanos pontífices explotaban á Alemania en provecho de su ambición. Un poeta se hizo el órgano de estas quejas: *Walther*, llamando á los Alemanes á la libertad y á la independencia, fué el precursor de *Hutten*. Pero ¿qué será de la fe si no pueden ya creer los fieles en el representante visible del Cristo? El poeta alemán, que no es un incrédulo, se hace esta pregunta con terror, y ve perecer la fe en el abismo de la duda. El papa es el padre de los fieles y sirve de lazo á los cristianos con Jesucristo: ¿qué sucederá si se quebranta la confianza en el vicario de Dios? Es como si se derrumbáran los fundamentos de la fe: "Seguimos en todo al santo padre, exclama *Walther*; si miente, mentimos con él; si engaña, engañamos con él. ¿Cómo pudiera no pervertirse la fe de los simples laicos, cuando el mismo santo padre impele á la incredulidad?" (1).

(1) WALTHER VON DER VOGELWEIDE, LXXI, 6-9, en VON DER HAGEN, *Minnesinger*, t. I, p. 261.

No fué la guerra del sacerdocio y el imperio el mayor crimen del papado; la horrible cruzada contra los Albigenses será una mancha eterna para la Iglesia. La persecución de todo un pueblo, suscitada á nombre de la religión y explotada por la codicia, provocó un odio furioso contra Roma y el clero: no han ido tan allá los protestantes como las invectivas de los trovadores. Aunque la fuerza quedó victoriosa, y aún cuando se extinguió la voz de los poetas con la civilización que los había inspirado, no se extinguió el odio suscitado por los horrores de la cruzada y por la cruel ambición de los instrumentos del papa. Más sufrió la fe de los vencedores que ganó la de los vencidos. Thibaut, conde de Champagne, uno de los cruzados, ataca en sus poesías á los *camanduleros* que impelen á la guerra y pierden á las almas: "Motivo habría para dudar de la Redención, exclama el rey trovador, si no se viera que las calamidades públicas provienen de la falta del clero," (1).

La guerra del sacerdocio y el imperio y las cruzadas contra los herejes son la expresión de un mismo pensamiento, el espíritu de dominación de la Iglesia. Esta sed de poder se manifestaba en toda la cristiandad. En todas partes reclamaba el clero, como un derecho divino, lo que él llama su *libertad*; y ya hemos visto que la *libertad de la Iglesia* era la servidumbre de la sociedad laica. La resistencia era inevitable: era la reacción legítima de la verdadera soberanía contra la usurpación sacerdotal. Ahora bien, la oposición contra los clérigos implicaba siempre una posición más ó menos abierta contra la religión. Con motivo de una querrela entre el obispo de Angers y el conde, escribió aquél al rey, después de haberse quejado de los excesos cometidos contra el clero: "Los autores y los cómplices de estos actos criminales se han permitido muchas expresiones contra la fe católica que trascienden á herejía," (2).

Tocamos aquí á una de las causas principales que hicieron penetrar la incredulidad hasta en las últimas capas de la sociedad. La guerra del imperio y el sacerdocio no interesaba más que al papa y al emperador, mientras que las pretensiones del clero ponían en juego la ambición de los obispos y

(1) *Histoire littéraire de la France*, t. XXIII, p. 765.

(2) *Epistola Roberti, Episcopi Engolismensis ad Ludovicum Francorum regem*, a. 1259 (MARTENE, *Amplissima Collectio*, tomo VII, página 154).

de los barones, herían las justas exigencias de los pueblos, y, por consecuencia, las susceptibilidades del estado llano, no habiendo quien no tuviese que sufrir, hasta los villanos, con la tiranía de los prebendados. La Iglesia no tenía para defenderse otras armas que la excomunión, y prodigó sus rayos hasta el punto de que hubo casi más fieles expulsados del seno de la Iglesia que creyentes ortodoxos. ¿Qué se hacía de aquellos innumerables excomulgados? Sólo un pequeño número se sometía á las penitencias eclesiásticas; los más no hacían caso de ellas. Despreciar la excomunión era despreciar á la Iglesia; y, sin embargo, la Iglesia enseñaba que no había salvación fuera de su seno. No debían estar muy convencidos los que arrostraban sus censuras de este dogma fundamental de la ortodoxia. Del desprecio de la Iglesia á la incredulidad no había más que un paso: lo que sucedía en las ciudades excomulgadas lo prueba. ¿Se creería que en el siglo XIII hicieron una efigie del papa los habitantes de una ciudad italiana, y la arrastraron ignominiosamente por las calles hasta subirla á una montaña, donde la quemaron? (1). Decían de otra parte los excomulgados, como la *Zorra del Romance*, que comían y bebían con tanto placer como si estuvieran en el seno de la Iglesia, y que tampoco se echaba de ver la excomunión en sus campos (2). Á veces se complacían los excomulgados en excomulgar á sus excomulgadores, parodiando las solemnidades de la Iglesia (3). Y fué todavía más allá el escándalo: hubo laicos excomulgados que se pusieron á ejercer las funciones sacerdotales, mostrando así que se podían pasar sin el ministerio de los sacerdotes (4).

Los concilios repitieron sus quejas contra los que despreciaban las excomuniones, y asimilaron este hecho á la herejía (5). Era una nueva especie de herejía: los excomulgados no se confundían con las sectas proscritas por la Iglesia; no eran cre-

yentes, sino incrédulos. Sin embargo, los concilios del siglo XIII amenazaron con perseguir como herejes á los que sufrían durante un año la excomunión (1). Vanas fueron estas amenazas: un sínodo italiano revela que se había hecho habitual el desprecio de las censuras eclesiásticas (2); y en vez de ensañarse contra los culpables, se vieron obligados los concilios á moderar el rigor de sus decretos, extendiendo á dos años el plazo después del cual se incurría en sospecha de herejía (3). Una vez fuera de la Iglesia, no tenían prisa de volver á entrar en ella los excomulgados; y los había que quedaban toda su vida en los lazos de la excomunión y que desdeñaban hasta recibir la absolución á la hora de su muerte (4), prueba evidente de que no creían ya ni en el paraíso ni en el infierno. Los entredichos producían un efecto igualmente desastroso; los fieles acababan por deshabituarse de la religión (5), y para las masas, la religión no era más que un hábito.

¿Cómo se habían de cuidar los laicos de la religión, cuando veían la vida criminal del clero? En vano predicaban los clérigos que era preciso creer en sus palabras; el ejemplo podía más que el precepto. Al decir de un célebre doctor, los prebendados vivían como si no creyeran en el juicio divino: "¿No era de temer que arrastrasen á los fieles á rechazar las esperanzas y las amenazas del otro mundo?" (6). El testimonio de los poetas es unánime en sus acusaciones contra Roma. Oigamos á *Walther*, cuya alma religiosa se affige con el espectáculo que ofrece la Iglesia: "Se necesita tener una gracia especial de Dios para seguir siendo fiel, cuando el mismo papa difunde la incredulidad," (7). Un poeta y clérigo francés, *Guiot*, no teme llamar á Roma fuente de todos los vicios y acusarla

(1) *Concilios de Burdeos*, 1268, c. 2 (MANSI, t. XXIII, p. 1109); *de Colonia*, 1268, c. 38 (MANSI, t. XXIII, p. 1153); *de Clermont*, 1268, c. 6 (IB., p. 1209); *de Tours*, 1268, c. 9 (IB., p. 1262).

(2) *Concilio de Milan*, 1311, c. 15 (MANSI, t. XXV, p. 491).

(3) *Concilio de Reims*, 1301, c. 7 (MARTENE, *Collectio Ampliss.*, tomo VII, p. 1325) y de 1304, c. 3, 4 (MANSI, t. XXV, p. 120).

(4) *Concilio de Salzburgo*, 1303, c. 10 (MANSI, t. XXV, p. 730). «Multi in profundum malorum venientes, adeo ecclesie claves vilipendendo contemnunt, quod tam incorrigibiles perique talium facti, in sue damnationis periculum, in hujusmodi sententiis moriuntur.»

(5) *Concilio de Colonia*, 1324 (MANSI, t. XXV, p. 736).

(6) MARSIL, *Defensor pacis* (GOLDAST, *Monarchia*, t. II, página 221).

(7) WALTHER VON DER VOGELWEIDE, ed. de Lachmann, página 33.

(1) *Memoriale potestatum Regiensium*, ad a. 1232 (MURATORI, *Scriptores*, t. VIII, p. 1152).

(2) *Concilium Ausanum*, a. 1299 (MANSI, t. XXIV, p. 1221).

(3) *Concilium Regiense*, 1285, c. 8 (MANSI, t. XXIV, p. 578). «Is-ti quidem filii Belial, in Dei opprobrium, non minus viliter quam damnabiliter procedere, non formidant.»—Reproducense textualmente estas quejas en los concilios de Avignon, 1326, c. 7 (MANSI, t. XXV, p. 746); de Bourges, 1351 (IB., t. XXVI, p. 246); de Vaur, 1338, c. 128 (IB., p. 542).

(4) *Concilio de Aschaffenburg*, 1292, c. 9 (MANSI, t. XXIV, página 1086).

(5) *Concilio de Cognac*, 1238, c. 17 (MANSI, t. XXIII, p. 491); *de Valence*, 1248, c. 15 (IB., p. 774).

de arruinar la religion (1). Desde que el mundo existe, dice *Rutebeuf*, no ha habido tan poco temor de Dios como bajo el gobierno de Roma (2). Voces más graves todavía se levantaron en el siglo XV. *Alain Chartier* acusa á los clérigos de haber "alejado á los corazones de la Santa Iglesia con su disolucion" (3). Los hombres se preguntaban, dice *Erasmus*, si aquella vida de depravacion era el fruto de la doctrina evangélica: "más valdría entónces no tener Evangelio" (4).

Los poetas y los letrados eran los órganos de la opinion pública, y la opinion pública no hacia más que repetir lo que decían los papas y los concilios. Ya en el siglo XIII acusaba Alejandro IV con singular acritud á los clérigos de que su vida deshonesta engendraba el desprecio de la religion: "Por culpa de los sacerdotes concubinarios, decía, es blasfemado el nombre de Dios en el mundo; por culpa de ellos desdeñan los fieles los Santos Sacramentos, y por ellos se pierde la piedad" (5). No son ménos severos los concilios: "Los clérigos, dice el sínodo de Brema de 1266, se conducen como si no tuvieran más Dios que su vientre, y por esto se envilece la religion." Idénticas quejas se hallan en los concilios de Viena y de Magdeburgo (6). En los siglos XIV y XV añadió la Iglesia la locura á la corrupcion. Veíanse dos papas excomulgarse uno á otro y excomulgar á todos los que reconocían al papa rival. ¡Hé ahí, pues, la cristianidad entera entregada á Satanás! Y ¿por quién? Por un Juan XXIII, manchado con todos los crímenes imaginables; por un Benedicto XIII, ambicioso, hipócrita redomado, que sacrificaba la paz del mundo cristiano á su obstinacion. ¿Qué impresion debía producir este espectáculo en los espíritus? La fe perecía; los hombres dudaban de Dios y se decían: "Si fuera verdadera la fe cristiana, ¿consentiría Dios lo que pasa á nuestra vista? ¿No castigaría á los que se llaman sus ministros? Dejemos, pues, esa ley impotente; hagamos una á nuestro gusto, y gocemos de los bienes de la tierra, pues que no hay otra vida" (7).

(1) *La Bible Guiot*, en BARBAZAN, *Contes*, t. II, p. 331.

(2) RUTEBEUF, *Œuvres*, t. I, p. 233.

(3) ALAIN CHARTIER, *Œuvres*, 388.

(4) ERASME, in *Psalm. IV Concio* (t. V, p. 271).

(5) ALEXANDRI IV *Epist.* (MANSI, t. XXIII, p. 828).

(6) *Concilios de Brema*, 1266 (MANSI, t. XXIII, p. 1157); *de Viena*, 1267 (ib., p. 1170); *de Magdeburgo*, 1286 (ib., t. XXIV, p. 73).

(7) *Oratio in Constantiensi Concilio habita* (VON DER HARDT, tomo III, p. 3).—ANDRÉE, *Episcopi Megarensis Gubernaculum conciliorum* (ib., t. IV, p. 172).

N.º 2.—Reaccion contra la concepcion católica de la vida.

El monaquismo domina en la religion de la Edad Media, y el monaquismo es la abdicacion de la familia y de la propiedad, sin las cuales no hay sociedad posible. Compréndese que se renuncie á la vida en una época de decadencia, cuando la vida gastada y decrepita se extingue. Tal era el imperio romano: no se necesitaban grandes esfuerzos para separarse de un mundo tan miserable como corrompido. Las ciudades quedaron desiertas y los desiertos se poblaron. La existencia de los anacoretas era, pues, una reaccion contra el materialismo antiguo y la corrupcion romana. Mas no es así como la Iglesia considera el monaquismo; ve en él la realizacion de la perfeccion evangélica. Y ¿no es absurdo celebrar como ideal de la vida una existencia que execra la vida y exalta la muerte? No habian venido los pueblos bárbaros para renunciar á la vida en una contemplacion soñolienta del cielo; habian venido para renovar la vida, y vivir es obrar. De ahí una radical oposicion entre la concepcion de la vida, tal como se derivaba del espiritualismo cristiano, y las tendencias de la raza germánica que produjeron una reaccion violenta contra la Iglesia y contra la religion.

La antipatía del guerrero germano á las gentes de Iglesia resalta en las *Canciones de Gesta*, esas rudas epopeyas que retratan las costumbres de la edad heroica de la feudalidad. Y cosa singular, ningun papel juega en ellas la religion, y hasta poco respeto al clero atestiguan en ellas los caballeros. En *Renaud de Montauban* reprocha duramente el viejo *Aimon* á sus hijos el haberse dejado morir de hambre, cuando podían alimentarse de *crasos monjes*; el poeta hace una tentadora descripcion de su bella y sabrosa carne, como si se tratara de un venado (1). No ver en los religiosos sino una especie de caza era tener una idea bien poco reverente de la santidad de su condicion. No inspiraban las iglesias más respeto que sus monjes: oigamos las órdenes que *Raoul de Cambray* da á sus caballeros al invadir el Vermandois: "Colocad mi tienda en medio de la iglesia; haced de su pórtico una cua-

(1) *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 680.

dra para mis caballos: tended mis esparaveles sobre las cruces de oro, y preparadme delante del altar un rico lecho." Esta barbarie no es todavía incredulidad, pero se acerca á ella. Despues de haber quemado un convento con las religiosas que en él moraban, ordena *Raoul* un espléndido festin para sus guerreros; su senescal hace la señal de la cruz, y le pregunta si quiere renegar de la santa cristianidad cuando da tales órdenes en plena cuaresma; y *Raoul* confiesa que se habia olvidado de la cuaresma. La religion de la Edad Media consistia exclusivamente en prácticas exteriores; olvidarlas era olvidar que se era cristiano. En realidad, la religion ejercía poca presion sobre los hombres que no respetaban más que la fuerza. Ernando de Douai, perseguido por *Raoul*, implora su piedad, y recibe esta respuesta que respira más la crueldad de Aquiles que la dulzura de un discípulo de Cristo: "¡Mira! dice *Raoul*, lo que te conviene es huir... Ni tierra, ni hierba, ni todos los santos que deben servir á Dios te pueden salvar" (1). La religion ejercía tan poca influencia en los hombres de guerra porque separaba un abismo los sentimientos de los caballeros de los de los clérigos. En la *Cancion de Girbert de Metz*, Fromondin, uno de los héroes bordeleses, dice que si habitara el cielo con los ángeles y hubiera de caer en el infierno, saldría del paraíso y se entregaría al diablo ántes que dejar el feudo á su enemigo (2). La vida de este mundo con sus combates y sus aventuras tenía más atractivo para los barones que todos los místicos goces de los elegidos. En los *Loherains* dice uno de los héroes: "Si yo tuviera un pié en el paraíso y otro en el castillo de Naisil, sacaría el del paraíso para ponerlo dentro de Naisil."

Los guerreros sentían instintivamente la falsedad del ideal cristiano. Vivir es luchar, mientras que el ideal de los monjes es la contemplacion y la inaccion. La oposicion entre los instintos de la naturaleza y el dogma debía conducir á una impiedad brutal á los hombres que pasaban su vida en los combates y no conocían ni estimaban más que la fuerza. Los *Brabanzones* se complacían en profanar las cosas santas y se gozaban en atormentar á los sacerdotes: sus excesos sacrilegos prueban que no tenían ni rayo de creencia cristiana. No to-

(1) RAOUL DE CAMBRAY, publicado por E. LE GLAY, páginas 50, 63, 118.

(2) *Histoire littéraire de la France*, t. XII, p. 627.

das las gentes de guerra hacían la vida desarreglada de los Brabanzones; pero despues de todo, eran el tipo de los guerreros incultos de la Edad Media. Así se muestra en la poesía. Los romances (*fabliaux*) representan á los barones despreciando á la Iglesia y sus prácticas, no profesando ningun culto, no creyendo en Dios ni en los santos, y, sobre todo, animados de un odio furioso contra los clérigos, hasta el punto de desear aporrear al último de los sacerdotes (1).

Con la civilizacion desapareció la brutalidad; pero la impiedad sobrevivió, tomando nuevas formas. Los hombres querían gozar de la vida, y la religion les enseñaba que era preciso huir de ella; dejaron el dogma y se atuvieron á la naturaleza. Esta oposicion encontró en el siglo XII un tipo en *Guillermo*, conde de Poitiers: caballero y trovador, representa desde la Edad Media el genio ligero y frívolo de la nobleza francesa. Una de sus hazañas fué invadir una iglesia donde el legado del papa habia reunido á los obispos en concilio. Arrastrado á su pesar á la cruzada, perdió en ella inmensas riquezas, y se consoló con un poema que, al decir de los contemporáneos, era una bufonada indecente, lo cual no impidió que fuera aplaudido. Los historiadores lo pintan como un escéptico atrevido que alardeaba de no creer en Dios. Es lo cierto que la concepcion de la vida que inspira su poesía es la de la naturaleza: "Pues que vemos florecer los prados, reverdecer los verjeles, aclararse los arroyos y las fuentes, despejarse el aire y los vientos, es bien justo que cada cual recoja la parte de goce que le corresponda" (2).

Aunque la frivolidad de espíritu en el seno de una vida de placer no sea todavía incredulidad, revela sentimientos hostiles á la doctrina cristiana. El caballero, hombre de mundo, se complace en él y goza; forma contraste con el monje, que huye del mundo y cree que todo placer es un crimen: es la oposicion entre la naturaleza tal como sale de las manos de Dios y el espiritualismo cristiano. La literatura es juntamente la expresion de este estado social y el ideal de la sociedad laica. El célebre trovador *Sordel* ruega á su señor que no le lleve á la cruzada; confiesa que se ganaba la salvacion

(1) BARBAZAN, *Fabliaux*, t. I, p. 200.—LE GRAND D'AUSSEY, *Fabliaux*, t. IV, p. 264.

(2) FAURIEL, *Histoire de la littérature provençale*, t. I, páginas 449-477.